

BARRIO, Emilia: *Historia de las trasgresoras. La transición de las mujeres*, Barcelona, Icaria, 1996.

Nos encontramos ante una investigación histórica que se propone profundizar en las relaciones entre lo público y lo privado, en la conexión entre lo personal, por un lado, y los procesos macroeconómicos que influyen sobre la vida cotidiana, por otro. De ahí el interés por acercarse a la vida de mujeres que se han atrevido a romper algunos de los moldes impuestos por los discursos de género de su medio social, en unos casos por necesidad y en otros como consecuencia de proyectos creativos y búsqueda de nuevos espacios.

El marco geográfico elegido por la autora para su estudio es el de Andalucía oriental, concretamente las provincias de Granada y Málaga, que abarcan zonas de distintas características socioeconómicas: unas, de economía estancada, en el interior, y otras, profundamente afectadas por el impacto del turismo, como la Costa del Sol. Cronológicamente, se interesa por los años de la transición a la democracia, tratando de constatar en qué medida los cambios políticos que se estaban produciendo iban acompañados de transformaciones sociales que pudieran provocar rupturas en el terreno de las mentalidades y afectaran a los roles de mujeres y hombres. En realidad, el fin de la dictadura y la transición política vendrán a potenciar o agilizar una serie de cambios que ya estaban aflorando en la sociedad española desde los años 60, y que marcan la distancia respecto a la brusca involución sufrida en el primer franquismo en lo que se refiere a la situación social de las mujeres. Seguramente se relaciona con ello el hecho de que el trabajo se centre en el período 1970-1981.

El libro está basado en una serie de entrevistas realizadas a mujeres que ocuparon en esos años puestos de decisión en tres ámbitos concretos: el de la actividad empresarial, el sistema educativo, en sus tres niveles (E.G.B., Bachillerato y Universidad), y el de la política.

Dado el objetivo perseguido, la fuente oral ha resultado de una extraordinaria importancia, al aportar una variedad de testimonios sobre las variables con las que se actúa desde un sistema de valores sexistas. Se trata, pues, de una metodología cualitativa. Sólo la aproximación biográfica podía permitir mostrar la interacción de una serie de mecanismos de la vida social y sus efectos con esta riqueza de matices. Sin embargo, conviene señalar también la existencia de un trabajo previo, no incluido en el libro, en el que la autora se acercó a los citados ámbitos de actividad a través de otro tipo de fuentes, lo que le permitió elaborar un estudio cuantitativo de la presencia femenina y masculina en cada uno de ellos, vista en su evolución a lo largo del período.

Así pues, el análisis de las trayectorias de las mujeres estudiadas, aparentemente sencillo, se beneficia de un rico bagaje de información y conocimiento del contexto, por un lado, y del marco teórico proporcionado por la asimilación de una abundante y bien seleccionada bibliografía, por otro. Vemos entrelazarse aspectos que van desde la primera socialización en la familia y en el sistema educativo hasta las formas de acceso a puestos de responsabilidad, pasando por el proceso de afirmación individual frente al proyecto familiar, y llegando a un balance de los logros obtenidos y las facturas pagadas. De este modo se presta atención a factores ausentes en otros estudios, como los conflictos con la familia de origen o con la propia, los apoyos recibidos en la actividad profesional o política, las estrategias de permanencia desplegadas, las propias autolimitaciones. Y accedemos desde otros enfoques distintos a los habituales a temas tales como el sistema educativo, el mundo laboral, la actividad de los partidos políticos. La valoración que ellas mismas hacen de sus vidas alude a la importancia del trabajo y la maternidad, de forma conjunta, frente al modelo fuertemente dicotómico propugnado en la España franquista, y muestra la forma en que se estaban produciendo algunas redefiniciones del rol de la feminidad. Así, la aceptación de nuevos modelos aparece como resultado de disputas abiertas sobre ellos, con algunos cambios de roles por parte de los varones, y los consiguientes reajustes en vidas privadas y públicas; por el contrario, la no aceptación, en otros casos, lleva a la penalización de la conducta considerada como desviada, con importantes costes personales.

Emilia Barrio, historiadora, es consciente de la importancia política de la investigación que tiene entre manos. Para ella, "lo personal es político" no es solamente un slogan, sino una convicción firmemente arraigada. Y el libro es un ejemplo de compromiso de la ciencia y de la investigación con la realidad, con el presente y con el futuro de las mujeres.

Como conclusión, se puede destacar que esta obra viene a enriquecer la bibliografía sobre la historia del tiempo presente, y en concreto, sobre la transición española en uno de sus aspectos menos estudiados.

Gloria Nielfa Cristóbal.
Universidad Complutense de Madrid.

Mme. du CHÂTELET: *Discurso sobre la felicidad y Correspondencia*. Edición de Isabel Morant Deusa. Madrid, Ediciones Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, 1996. ISBN: 84-376-1479-1.

Un retrato de Quentin Latour, según lo describe la autora de esta edición, representa a Mme. du Châtelet ricamente vestida y engalanada, pero no para acudir a una fiesta, sino sentada en su escritorio y rodeada de sus libros e instrumentos de Física. Genio y figura. Esa doble imagen, mundana e intelectual, sintetiza bien el perfil de esta mujer de vida apasionada y apasionante que ahora podemos conocer mejor a través de su propia escritura. La colección *Feminismos* de Cátedra, ya bien asentada en el panorama editorial español con sus 3. títulos hasta la fecha, viene ofreciendo a su público, junto a los más recientes estudios feministas en las distintas disciplinas, textos de autoras y autores clásicos. En esta línea, habían aparecido ya ediciones de obras de los siglos XVII al XX, las de Poulain de la Barre, Mary Wollstonecraft, Josefa Amar y Borbón, Adolfo Posada y Kate Millet. Ahora ve la luz, por primera vez en castellano, una obra que en Francia y en Italia disponía ya de ediciones modernas, el hermoso *Discurso sobre la felicidad* de Mme. du Châtelet, acompañado por una selección de su abundantísima correspondencia.

La lectura de estos testimonios a nadie puede dejar indiferente. La escritura, muy personal, de Mme. du Châtelet conmueve y nos revela un personaje que impresiona por su vitalidad, su energía, su constante afirmación de sí, a veces exultante y feliz, otras dolorida, pero siempre segura de sí misma, sin pedir excusas ni mostrar arrepentimientos. Una mujer que elige, que toma decisiones sobre su vida y las asume hasta sus últimas consecuencias. La posteridad, como si se fijara sólo en uno de los aspectos del retrato de Latour, parece haber retenido de ella dos imágenes parciales, ninguna de las cuales da cuenta de la complejidad del personaje. En el siglo XIX, pero también en su propia época, se le atribuyó una imagen frívola: la de la amante de Voltaire, la mujer que lo retiene fuera de París y lo persuade para que suavice la acritud de sus críticas, la aristócrata mundana, amante del juego y las fiestas, de intensa vida pública y vida privada disipada. Por otra parte, algunos lectores modernos han construido de ella un perfil más severo, el de la intelectual que trató con Voltaire de igual a igual, la tenaz estudiosa de las más arduas materias, encerrada horas y horas en sus aposentos bregando con la Física, la Metafísica y las Matemáticas, la traductora de Newton, autora de una memoria sobre el fuego, discípula y colaboradora de König y Maupertuis. La lectura de Isabel Morant huye de todo reduccionismo y nos hace ver que

Mme. du Châtelet fue a la vez filósofa y estudiosa, mujer de mundo, amante y amiga de sus amigos. Trató de construir su vida y la imagen con la que quería ser contemplada a partir de esas dos pasiones que fueron las suyas y que aparecen de forma recurrente tanto en su filosofía como en sus cartas: el estudio pero también el amor (y muy próximo a él el sentimiento intenso y apasionado de la amistad), que consideraba los ingredientes de la felicidad, a ninguno de los cuales quiso renunciar.

¿Puede decirse de esta mujer vigorosa y deslumbrante que fuera una feminista? Difícilmente podríamos aplicarle esta etiqueta sin forzar el sentido de su vida y su obra. En todo caso, se trataría de un feminismo *avant la lettre*, elitista y aristocrático. Como muy bien puntualiza Isabel Morant, Mme. du Châtelet no habla *en nombre de* todas las mujeres, ni siquiera lo pretende, como tampoco hablaban los escritores de su medio de todos los hombres, sino de una minoría privilegiada. Habla fundamentalmente en su propio nombre: su intenso individualismo domina sobre cualquier tipo de conciencia colectiva, y tampoco escribe *para* las mujeres, como harían sus casi contemporáneas Mme. de Lambert o Mme. d'Épinay. Pero ello no impide que hable *como* mujer y que sea dolorosamente consciente de las limitaciones que le impone su estado: las dificultades de procurarse una educación profunda, la imposibilidad de dedicarse por completo al estudio, por haber de atender a numerosas cuestiones de índole práctica (desde pleitos familiares o la colocación de sus hijos al embellecimiento de su residencia en Cirey), la necesidad de preservar su reputación, llevando de forma discreta sus amores con Voltaire, las reticencias hacia las mujeres que pretendían "salirse de su esfera" y ambicionaban la fama. Más que una "feminista" en sentido estricto, fue una mujer que desplegó sus estrategias, haciendo uso de las posibilidades que le brindaban su tiempo y su medio. Un siglo, un país y un entorno social que proporcionaban a una minoría de hombres y mujeres privilegiados por el nacimiento, los cargos o el "mérito" espacios en los que alternar en sociedad, que toleraban hasta cierto punto las conductas amorosas distintas de la moral convencional, siempre que se llevaran con discreción, y que también admitían, con ciertas reservas, que las damas se dedicaran al estudio y la escritura. Y una filosofía abierta a la celebración de las pasiones y opuesta a las renunciaciones que predicaba la moral religiosa. Todo ello le permitió cierto margen de libertad para dedicarse al amor y al estudio y también una confianza en sí misma, una forma muy personal de representarse siempre en positivo, de manera afirmativa, como una mujer segura, ambiciosa y apasionada. Nunca pareció sentirse obligada a construir un *yo* en negativo, a ocultar o negar sus sentimientos y sus ambiciones, como lo hacían, y lo harían todavía más en el siglo XIX, tantas otras escritoras para plegarse al estereotipo de la modestia femenina. Sin embargo, el particular ambiente cultural que le permitía expresarse de ese modo tampoco constituía, como han parecido creer en

ocasiones los cronistas, antiguos y modernos, de los salones parisinos del XVIII, un campo abierto para las mujeres, ni siquiera para las aristócratas de su temple. Si muchos ilustrados admiraban a las mujeres cultas y activas, otros desconfiaban de ellas y les reservaban espacios más acotados y menos ambiciosos, como muestran los rumores que trataron de robar a Mme. du Châtelet la autoría de sus *Instituciones sobre la Física de Newton* o los comentarios despectivos que le dedicó el muy ilustrado Federico II de Prusia.

La introducción que Isabel Morant realiza al personaje y su obra subraya estos y otros matices que permiten comprender a Mme. du Châtelet en toda su complejidad intelectual y humana. El texto, escrito en un estilo ágil y narrativo, resulta de lectura tan agradable y apasionante como la inimitable escritura de la propia Mme. du Châtelet. Deliberadamente aligerado de referencias eruditas y de arduas teorizaciones, contiene engarzados numerosos fragmentos en los que los personajes de la historia, la protagonista, su compañero de largos años, Voltaire, pero también otras figuras secundarias que la conocieron, como Maupertuis o Mme. du Deffand, hablan por sí mismos. Ese estilo fluido es también una opción historiográfica que mira de enlazar constantemente lo escrito y lo vivido, la obra de la autora y su experiencia. De ese modo sus escritos dejan de verse como textos fríos, estrictamente filosóficos, o, mejor dicho, se convierten en trozos de vida transformada en filosofía, como lo revela su propio estilo cálido, impregnado de pasión. Y por ello resulta todo un acierto incluir en esta edición del *Discurso sobre la felicidad* una selección de las cartas que a lo largo de su vida dirigió a numerosos correspondientes, nobles e intelectuales de su tiempo, puesto que en ellas los acontecimientos cotidianos y la expresión de los sentimientos dan pie a pensamientos filosóficos, como, por otra parte, en el *Discurso* éstos dejan entrever los episodios que marcaron su vida. Mme. du Châtelet vivió intensamente y escribió con profusión, pero sobre todo hizo de su experiencia materia de reflexión, punto de partida de una filosofía hondamente sentida.

Entenderlo así, como lo hace Isabel Morant, permite desvelar las múltiples facetas de esta mujer que hizo del estudio, el amor y las relaciones sociales y amicales los ejes de su vida. Pero también, de forma secundaria, permite obtener otra imagen de uno de los más célebres filósofos de su tiempo, el que fue su compañero de estudios y de amores durante muchos años. Frente al Voltaire al que sus estudiosos suelen considerar cáustico como crítico de su sociedad pero apagado y frío en su vida personal, la autora de esta edición nos desvela a un Voltaire sensual y apasionado, un Voltaire enamorado, primero de Mme. du Châtelet y luego de su última pasión otoñal, Mme. Denis. Además, el análisis de la vida y los escritos de Mme. du Châtelet ilumina de un nuevo modo la relación intelectual entre ambos. Esa

interacción era de un filósofo afamado y su amante y satélite, sino la de dos personas estrechamente unidas, que compartían lecturas, seguían con interés uno el trabajo del otro y se influían mutuamente de un modo que sin duda enriqueció sus respectivas trayectorias, pero también la de dos individualidades poderosas, que abrigaban preferencias distintas: científicas y metafísicas, en el caso de ella, decantadas hacia las letras, en el de él.

Otra de las virtudes de la introducción que hace de pórtico al *Discurso* radica en el hecho de que su autora ha sabido apartarse de simplificaciones al enmarcar sus personajes en un contexto tan brillante como a menudo descrito en términos frívolos: el de la aristocracia francesa del siglo de las Luces. La editora nos da una visión más conflictiva de la tan admirada como denostada liberalidad de costumbres de las clases altas de ese tiempo. Su tolerancia de costumbres, su forma de sustraerse a la moral convencional, que los bienpensantes de su propia época y sobre todo del siglo XIX contemplarían con escándalo y mal disimulada envidia, no implicaba que para ellos todo valiese. Esa minoría privilegiada tenía también sus normas, aunque éstas no fuesen las de la moral al uso, sino unas reglas a su medida, y experimentaban las tensiones inherentes al esfuerzo de revestirse de una imagen respetable pero distinta de los cánones más convencionales. La alcanzaba, además, en ocasiones la censura del resto de la sociedad; al fin y al cabo, esa élite de nobles, burgueses e intelectuales atrevidos no constituía más que una pequeña minoría, cuyo prestigio social no dependía sólo de la opinión de sus iguales, sino del juicio de otros sectores de la sociedad. Para una mujer particularmente, incluso para una aristócrata, mantener la reputación exigía caminar con precauciones sobre un fino hilo, como muestra la alarma de Mme. du Châtelet ante la posibilidad de que los versos que Voltaire le dedicara bajo el nombre de "Urania", en los que hablaba de sus amores y la describía con el lenguaje sensual de un amante, circularan por París, o su dolor por el daño que su último escándalo, el embarazo tardío que le costaría la vida, pudiera perjudicar a su hijo adolescente.

Mme. du Châtelet fue una figura luminosa de ese mundo que se desvanecía. Tras su temprana muerte, se impondría a partir de los años 60 la filosofía de Rousseau, su modo de representar a las mujeres como dependientes y de circunscribirlas a la esfera de lo doméstico y al mundo de los sentimientos. Nada más distinto del modo en que se veía a sí misma y gustaba de representarse nuestra autora, quien, si bien se creía una mujer apasionada, cuando se quejaba de la frialdad de sus amantes y sus amigos no era asumiendo que a su sexo le correspondía amar con más intensidad y sufrir por ello, sino exigiendo un tratamiento recíproco. En el futuro, las mujeres más lúcidas habrían de afirmarse y construir su identidad en cierto modo *contra* Rousseau, como lo haría Mary Wollstonecraft o, en otro registro menos dramático, Mme. d'Épinay. Para ellas sería más difícil, prácticamente imposible, decir *yo*

sin haber de batallar contra el fantasma de la “mujer decente” o bien adoptar su apariencia y transgredir de formas más sinuosas y encubiertas ese modelo, volver a hacer una afirmación de sí tan directa e intensa como la que Mme. du Châtelet hiciera y que nos continúa conmoviendo en sus escritos.

Mónica Bolufer Peruga
Universitat de València